CRITICA MULTICOLOR

Sección Magazine de CRITICA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sabado 27 Feb. 1932



El Perdón del Gaucho Malo

☆ *Adaptación de la vieja leyenda tratada por FLAUBERT* ☆

EL día en que Julián nació, un vagabundo rotoso que debía ser el mismo diablo, se acercó con cautela por el patio a la ventana del dormitorio matrimonial de la estancia y, asomando su horrible cabezota en momentos en que la recién parida dormitaba con el niño al pecho, dijo agorero: "Madre infeliz, cuida ese hijo, que será un desgraciado"; pero el mismo día, la vieja adivina franchuta que solía visitar por Semana Santa el pago, al felicitar al afortunado padre, vaticinó para el niño un destino superior.

No tardaron en comunicarse los jóvenes esposos las predicciones que respectivamente habían oído, y como sucede de ordinario que los anuncios funestos obtienen mayor crédito que los favorables, ambos cónyuges, creyendo preferentemente en el mendigo, se sumieron en perplejidad que ningún conjuro de la dicha presente pudo siquiera disminuir.

Crióse, pues, y creció lozano el niño Julián en la secreta incertidumbre paterna por su destino. Hijo de familia campesina, aunque rica, debía ser campesino él también. Pronto lo inició su padre en las tareas campestres. Mostrábase hábil en ellas; pero, excesivamente impetuoso, reñía con dureza a los braceros que no seguían su apurado tren, lo que originaba enojosos incidentes. Un día un peón criollo quiso rechifiársele; Julián, a quien por precaución su padre había acostumbrado a andar sin armas, le arrebató el facón a otro paisano y ultimó ferozmente al rebelde.

Tenía catorce años el muchacho. Claro que el padre, aterrado, se apresuró a arreglarle con las autoridades el resbalón; pero poco después, enamorado de una linda puestera casada, mató en bárbaro duelo criollo al marido que se le oponía. El padre, siempre con la idea del mal agüero, temió que su hijo prosiguiese sus fechorías a pesar de todos los consejos y todas las represiones, y aunque le compuso también el segundo embrollo, decidió enviarlo a la ciudad, a ver si con el cambio de ambiente mudaba de ímpetus.

Cosa curiosa: el irse Julián, notó la atribulada madre que a medida que parecía haber venido cumpliéndose el mal anuncio para su hijo, ella había empezado a cobrar esperanzas de dicha. Puede explicarse tan complejo sentimiento: la realización de un augurio le decía remotamente a la madre que también podía realizarse el otro.

Como si quisiese quitar todo fundamento al incipiente optimismo de la madre, Julián prosiguió y aun agravó en la ciudad sus torpes hazañas, hasta que un doble homicidio, en una orgía de la crápula, lo llevó a la cárcel, sin que surtieran efectos los desesperados recursos que por arrebatarlo a la justicia puso en práctica una vez más el pobre padre.

El padre, dudando entre respetar la última voluntad de su compañera o renegar definitivamente de tan mal hijo, se había refugiado en su estancia, desde donde periódicamente se comunicaba por un propio con el mozo deshonrado y preso en la ciudad. Le parecía que solo y en sus cuarenta años destrozados por el dolor moral, no le quedaba más que esperar la muerte sin esperar un momento de ventura.

En eso recibió la noticia de que el hijo maldito se había fugado de la cárcel. ¿Fugado o...? Se sobrecogió a un pronto; pero al fin, era tan punzante la espina de la cárcel, que creyó hallar un alivio en el acontecimiento. Vendrá a la querencia, pensaba, y quizá pueda enderezarlo. Pero tampoco hizo nada por atraérselo, y cuando pasaron algunos días y luego semanas y por último meses sin aparecer y sin que nadie supiese darle noticias de su paradero, meditó que acaso fuese mejor dejarlo entregado al azar, y se quedó otra vez perplejo, sin saber nunca con certeza si se conducía bien o mal con el desgraciado.

Julián, en tanto, echó campo adelante, lejos de su provincia, y como seguía siendo diestro en las faenas rurales y nadie le aventajaba en domar un bagual o en dirigir un rodeo, pronto halló conchabo. Parecía haber entrado en buen camino. Trabajó, ahorró [illegible] casarse con la hija de un patrón acaudalado. Pero su mala estrella le perseguía y volvió a las andadas impensadamente. Una noche volteó de un certero balazo, en su propia habitación, a su mujer. Alegó que se le había figurado un intruso, pero no faltaron quienes asegurasen que desde hacía tiempo la celaba.

Tuvo que huir una vez más. Ya desde entonces su vivir fué una pura pendencia por embriaguez, por disputas, por ganas de hacer mal. Era un gaucho malo, temido en todas partes, corrido de todas, maldito en todo el campo que hollaban sus pies. Pero no se había equivocado el presentimiento de la madre infortunada: tenía que llegarle a aquel hijo el fin de la mala suerte y el comienzo de una suerte mejor.

Acosado en serio por la policía una vez, vió acercársele a prisa, con grandes gestos y voces ininteligibles, un hombre provecto. Lo tomó por un perseguidor más osado y lo bajó de un tiro en el vientre. "¡Aprendan a ambicionar al gaucho Julián!", exclamó ufano y se aproximó victorioso al caído. Era su padre, que, no pudiendo resignarse a morir sin saber qué sería de aquel desdichado retoño de su vida, se lanzó en su búsqueda, y de tanteo en tanteo le descubrió el rastro en lejanas regiones, y ya lo había conocido y lo reclamaba con el corazón a saltos.

Ese fué el fin de [illegible] de Julián. [illegible] que había hecho, dejó caballo y armas, echó a andar sin dirección y se dispuso a acabar con sus días como una piltrafa en cualquier parte.

Andando, andando, llegó por la selva de la provincia de Entre Ríos hasta la margen del río Uruguay, y como no tuviese voluntad para tomar otro rumbo, resolvió permanecer allí, a la espera de la justicia divina. Dormía entre la broza y se alimentaba lo indispensable de peces y raíces. Poco a poco, deseoso de ganarse la buena voluntad de Dios, que presentía severa, se propuso ser útil en algo a los hombres. Había visto que por aquella parte cruzaban a menudo con toda clase de penurias el río transeúntes de la República Oriental para la Argentina y de la Argentina para la otra banda. Eran transeúntes más que sospechosos; ¿Contrabandistas?; acaso; pero de todos modos, si se pone en la obra espíritu abnegado, se puede servir a Dios.

Julián, debilitado, andrajoso, con más figura de espectro que de hombre, se construyó en la ribera una choza de barro y totora, y con maderas arrancadas penosamente a los árboles, calafateó un destartalado bote que la corriente le trajo. Ya podía ofrecer sus servicios a aquellos misteriosos hombres [illegible] qué practicaban aquel oficio y no otro.

Todos los pasajeros querían retribuirle su empeño, pues los contrabandistas y los jugadores son hombres honrados para todo lo que no sea su contrabando o su juego; pero Julián no aceptó jamás ninguna retribución, considerándose pagado de sobra con que sus servicios pudiesen ser gratos al que todo lo ve y todo lo castiga o lo puede perdonar; y cuantos más transeúntes afluían, traídos por la fama del servicial botero, más diligente era en su empeño y más se regocijaba su corazón.

Cierta noche inclemente de invierno, a horas en que ya habían traspuesto el río los pasajeros habituales, estaba el gaucho arrepentido descansando en su choza, cuando oyó que le llamaban. Saltó y no vió a nadie en torno. Iba a recogerse y nuevamente oyó la voz. Provenía de la otra orilla. Se sorprendió, porque la orilla opuesta quedaba distante; pero la certeza de que alguien requería sus servicios, le impidió reflexionar y se largó al agua con su bote.

En la orilla de enfrente le aguardaba un desconocido que con palabras y ademán imperioso le exigió el paso. Julián arrimó a la ribera su pequeña embarcación e invitó al desconocido a subir. Tan pronto como el hombre puso su pie en la canoa, el río agitado se apaciguó, y conforme se apartaron de la costa, a la luz de la luna que asomó súbitamente entre las nubes, Julián pudo ver que su pasajero vestía aún más pobremente que él y mostraba por los jirones de su ropa espantosas llagas. "Soy leproso", dijo el pasajero, al notar que Julián lo observaba. No parecía pesar mucho, pero el bote se hundía del lado en que iba él.

Julián creyó que en aquella travesía tardaba más que nunca, y eso que remaba acompasado y con todas sus fuerzas. Cuando llegaron a la choza hacía un frío intensísimo. El botero estaba perplejo. "Quiero descansar en tu choza", dijo el pasajero, siempre con voz cortante. Julián lo invitó a entrar, prendió unas ramas secas y le ofreció su lecho de paja, mientras él se sentaba en el suelo.

A la lucecita de la llama, vió Julián que su huésped tenía los ojos roídos alrededor y la nariz carcomida como una calavera. Luego, el desconocido se despojó de sus andrajos empapados y dejó al descubierto un cuerpo enjuto y totalmente revestido de pústulas. Era la imagen más asquerosa que se puede imaginar. "Tengo hambre", dijo cuando se hubo sentado desnudo en el lecho. Julián le dió toda la galleta que tenía y un trozo de tasajo y puso a calentar el agua para el mate. Al darle la comida le rozó las manos leprosas y se miró instintivamente las suyas.

"Tengo sed", dijo el huésped en seguida que hubo devorado la galleta y la carne. Julián le traía agua, que el otro tomó del mismo recipiente con la boca ulcerosa. "Tengo frío", dijo después. Julián arrimó leña a la hoguera y atizó el fuego. "Acércame", le pidió el otro, y como Julián quisiese tomarlo de las manos, el desconocido, amoscado, le exigió que le echase un brazo a la espalda y otro a las piernas y lo levantase en vilo, para posarlo cerquita de la llama. Las llagas mostraban la carne viva en todo el pecho y el vientre y manaban por boquetes horrorosos.

Tiritaba el leproso, a pesar de la proximidad de la hoguera crepitante. Como no podía tenerse en cuclillas pidió el lecho. Julián volvió a levantarlo en sus brazos, ahora más preocupado por dar calor al enfermo que por el horror de las pústulas, y lo acostó en el montoncito de paja. No paraba de tiritar. Julián se quitó sus ropas y se las extendió encima. Seguía tiritando. "Más ropa", clamaba el leproso. Julián, desnudo, no tenía otro trapo que ponerle. "Ven tú", gritó el huésped.

El botero se echó en el suelo de tierra, junto al leproso, que al instante lo abrazó con ansia. "Más cerca, así, que sienta el calor de tu cuerpo!", exigía el cuitado, y Julián sintió en los brazos, en el pecho, en el vientre, en los muslos la piel llagada, fría y áspera como una lima. "¡Me muero!", profería; "estréchame!, cúbreme!", y Julián, poseído de sus mismas ansias, se tendió boca abajo sobre él, lo estrechó con toda su fuerza, le echó su aliento cálido.

Entonces, el espantoso andrajo humano que aquel gaucho desgraciado tenía bajo su pecho, empezó a transformarse: las pústulas se cayeron, los huesos se recubrieron de carne, la piel se blanqueó, los ojos, la nariz, la boca y todo el rostro adquirieron una belleza sin igual y el cuerpo ya admirable se recató bajo una túnica celeste.

Julián asistía de rodillas a la maravillosa transformación. No necesitó ayuda esta vez el huésped para incorporarse. Alto y esbelto se irguió ante la hoguera. Le había crecido una cabellera rubia que descendía en rizos sobre los hombros. En torno de la cabeza alumbraba una tenue aureola. Era Jesús. "Serás santo", dijo al humilde gaucho arrepentido, y se lo llevó al Paraíso.

Esta es la vieja historia de San Julián el Hospitalario.

Ilustración de ARISTIDES RECHAIN

LA GATA

Hermoso Cuento de Gabriel D'Annunzio

Especialmente Traducido para CRITICA ★ Ilustración de Arístides Rechain

GABRIEL D'Annunzio ha tratado en su arte los más refinados temas ciudadanos y también los rudos temas campesinos. Probablemente en los segundos es donde ha manifestado mayor vigor, mayor hondura y mayor belleza. Recuérdese la hermosísima Figlia di Jorio. *A esta cuerda rural, de un sabor primitivo y mediterráneo profundo, pertenece el cuento* La Gata *que reproducimos*



AQUELLA tarde el Adriático estaba color violeta, de un violeta sombrío y brillante, sin olas blancas, sin velas trémulas en la cercanía. No obstante, había todo un enjambre de velas en la línea lejana del horizonte, de velas rectas, agudas, empurpuradas por la postrera llamarada del sol, destacándose sobre un fondo plateado, bajo un bordado movedizo de vapores que semejaban perfiles de casas moras y de minaretes en fuga.

Tora descendía hacia la playa, entre las dunas cubiertas de algas marinas y de resaca depositada por la borrasca; iba tarareando una canción de Francavilla, una canción salvaje que no hablaba de amor. Después de cada estrofa, cuya nota final se prolongaba extremadamente, Tora andaba en silencio durante un rato, con la boca entreabierta, bebiendo el viento saturado de sal, escuchando la marea susurrante o el grito de alguna gaviota solitaria que volaba en la inmensidad. Su perra la seguía, con la cola gacha, deteniéndose para husmear las algas.

—¡Aquí, Avispa, Aquí! — gritaba Tora, golpeándose el muslo.

Y el animal emprendía una carrera sobre la arena, leonada como su pelaje.

Pero la voz de Tora fué oída también por Mingo, que estaba sentado cortando una caña cerca de su barca varada, y el corazón le dió un brinco, porque los ojos amarillos de Tora, aquellos ojos redondos de pescado frito, lo habían traspasado con una mirada una mañana. ¡Aquella mañana!... Se acordaba bien: ella pescaba mariscos, grande y recta, con las piernas en el agua verde salpicada de chispitas de oro, en pleno sol... El pasó justamente por allí, en su barca, y los pescadores le saludaron; Tora lo miró sin repararse los ojos con la mano... ¡Quién sabe si luego no siguió con la vista la punta roja de aquella vela que iba a internarse en alta mar, hinchada por el siroco!

• • •

—¡AQUI, Avispa, aquí— repitió la voz alegre, ruidosa y ya cercana de Tora, entre los ladridos de la perra, mientras Mingo saltó de la barca, echándose atrás el cabello, con la agilidad de un jaguar en celo.

—¿A dónde vas, Tora? — le preguntó —, y su rostro parecía una amapola salvaje.

Tora no respondió; tampoco se detuvo; él la siguió con la cabeza baja, el corazón golpeándole fuertemente el pecho, la garganta obstruída por una oleada de palabras ardientes, escuchando la canción interrumpida, sintiéndose conmovido por algunas notas extrañas intercaladas allí súbitamente, como el chasquido de las olas en el monótono zumbido de la marea.

En el pinar, Tora se detuvo; una ráfaga de olor penetrante, fresco y sano, le acarició la cara con los últimos reflejos crepusculares, que se filtraban entre las ramas.

—Tora...

—¿Qué quieres?

—Quiero decirte que por la noche veo siempre tus ojos y no puedo dormir.

Tenían las palabras del joven un acento de pasión tan salvaje y su mirada un chispazo tan ardiente, que Tora experimentó un estremecimiento.

—Bueno, bueno — añadió ella.

Luego, echó a andar, para perderse pronto en las vueltas del pinar, seguida de cerca por la perra parda.

Mingo oyó aún los ladridos de la perra, que se perdían en el puentecito, mientras veía con tristeza en el horizonte las barcas que se sumían poco a poco en la sombra.

• • •

SIN embargo, la Gata no era hermosa; sólo tenía unas pupilas amarillas, a veces verdosas, inmóviles en el blanco nacarado de los ojos, fascinadoras, y una cabellera corta, rizada, de color de hojas secas, que la luz animaba con reflejos metálicos.

Era sola en el mundo, sola con aquella perra famélica como un chacal, sola con sus canciones y con su mar.

Todas las mañanas iba al mar, en busca de mariscos; se quedaba allí aun cuando las olas crecientes espumaban en torno, salpicando sus enaguas cortas, en tanto que las gaviotas, sintiendo la cercanía de la tempestad, revoloteaban sobre su cabeza. Después de la pesca llevaba los patos a rebuscarse la comida por la vecindad, entre las chozas, cantando ella "stornelli" cuando no le echaba largos discursos a la Avispa, que le escuchaba pacientemente, sentada sobre sus patas traseras.

No estaba triste; sus canciones tenían una monotonía melancólica, unos ritmos extravagantes que hacían pensar en los magos egipcios; pero las cantaba con una especie de inconsciencia, como si nada vibrase en sus oídos ni en su alma; las cantaba mirando una nube, una vela, con los ojos muy abiertos, algo asombrados, dejando caer sobre la arena su hililllo de voz, sin fatigarse jamás.

Sus compañeras cantaban también; pero se sentían a menudo dominadas por una sensación de pavor, de soledad, de angustia ante aquellas notas, ante aquella voz; y se callaban y bajaban sus cabezas caldeadas por la canícula, notando más en las piernas el frío del agua, en los ojos el deslumbramiento molesto del agua incendiada y en los brazos la laxitud, mientras la cantinela de la Gata se perdía en la perezosa pesantez de la atmósfera, como una maldición, como un sollozo...

• • •

LAS palabras y las miradas de Mingo la turbaron un instante; no había comprendido nada de ellas. No obstante, en el fondo de su corazón sentía una vaga inquietud, casi sentía cólera por aquel mal sujeto de los dientes blancos y los labios carnosos.

Se detuvo bajo los últimos pinos, llamó a su perra y le acarició el rudo pelaje; luego, cuando se reincorporó, se sintió nuevamente fría y serena.

Mas, una tarde de estío, habiendo ido al pinar con una bandada de patos, en busca de sombra, encontró el amor.

Se había apoyado en un tronco, los párpados pesados de sueño, los ojos llenos de reflejos confusos. Los patos rebuscaban en torno, hundiendo sus cabezas manchadas en la yerba bullente de insectos, y dos se habían acostado en una mata de mirto; el viento cuchicheaba en las copas verdes; y a lo lejos se extendían la ribera chamuscada y la línea azul del mar cubierto de velas.

No lejos de ella, Mingo se escondía detrás de los troncos apretados. Se acercó poco a poco, conteniendo la respiración... Se acercó más... Se acercó más aún... Su maga estaba allí amodorrada, de pie, asida al tronco seco.

—¡Tora!

Ella se estremeció, se dió vuelta, abrió sus ojos redondos, llenos de estupor.

—¡Tora! — repitió Mingo, todo tembloroso.

—¿Qué quieres?

—Quiero decirte que por la noche siempre veo tus ojos y no puedo dormir.

Entonces, acaso comprendió Tora: bajó la cabeza, pareciendo escuchar o buscar algo en sus recuerdos: aquellas palabras las había oído otra vez; no recordaba dónde, pero las había oído; era la misma voz... Levantó la cabeza: el marino estaba ante ella, como hechizado, el rostro encendido, los labios convulsos, joven y fuerte; el viento traía ráfagas perfumadas por las yerbas silvestres, y, entre los troncos torcidos de los pinos, el Adriático no era más que un centelleo de chispitas.

—¡Eh, Mingo!..., — gritó a lo lejos una voz seca.

Mingo se estremeció, asió la mano a Tora, la oprimió con todas sus fuerzas y en seguida echó a correr por la arena como fuera de sí, dirigiéndose a la barca, que le esperaba balanceándose en el agua.

¡Mingo! — murmuró la Gata con un acento extraño, fijando sus ojos dorados en la vela latina que se alejaba.

Se echó a reir como una niña; de regreso, cantaba una canción alegre con ritmo de tarantela, azuzando con su larga caña a los patos hartos, mientras el sol se reclinaba sangrante detrás de Montecorno, entre nubes impelidas por el viento sudoeste.

• • •

PERO con el viento, la borrasca vino durante la noche y el mar creció hasta las casas, con rugidos aterradores; todos los pobres habitantes de la ribera permanecían encerrados, escuchando el ventarrón y rogando a la Virgen Santísima por los pescadores.

Sólo la Gata erraba en las tinieblas como una fiera, con la cabeza gacha, lanzando la mirada de sus ojos redondos, llenos de angustia, aguzando el oído para ver si llegaba hasta ella algún grito humano. Nada. En el tumulto de los elementos enfurecidos no se oían más que los roncos ladridos de la Avispa, perdida allá abajo, muy lejos, Dios sabe dónde.

Y Tora se acercaba, se acercaba al mar, encandilada por los relámpagos que descubrían toda una extensión de agua alborotada, todo un trozo de playa desolada. Se acercó mucho: una ola la alcanzó y la derribó; otra pasó sobre ella, infundiendo en sus venas un frío mortal, mientras, enfurecida por el instinto de conservación, Tora se retorcía desesperadamente como un delfín encallado en la arena, luchando con el agua, que la perseguía y le llenaba de amargor la boca abierta por los gritos...

Al fin, pudo incorporarse de rodillas, andar a gatas y substraerse a la cólera de la tempestad, y regresó a su cubil, chorreando agua, helada, apretados los dientes, loca de terror y de amor.

—Quería decirte que por la noche veo siempre tus ojos y no puedo dormir.

• • •

A la mañana, el Adriático se había apaciguado y estaba pegajoso como petróleo, sin una vela, mudo, implacable, cruel... La Gata creyó salir de la angustia de una pesadilla; experimentó una sensación nueva de soledad, de inquietud, de miedo de las sombras. Luego en sus grandes ojos amarillos reapareció la mirada inmóvil de pescado muerto.

Y después Tora se fué a cansar sus brazos, a enfriarse en el agua y a calentarse la cabeza al sol; sus cantinelas continuaron con aire magnífico y triste, llorando un muerto, penetrando en el corazón de todas aquellas pobres gentes, que suspiraban por un pedazo de pan, sin esperanza, sin consuelo, sin reposo, mientras las gaviotas pasaban y repasaban en vuelo, lanzando sus gritos de libertad a los cielos tormentosos o escampados.

☆ Gentes Antiguas de Buenos Aires ☆

Por S. HAIGH

Ilustró A. RECHAIN

SAMUEL Haigh es uno de los ilustrados viajeros ingleses que nos visitaron en la época de la emancipación y escribieron luego interesantísimos libros sobre su visita a la Argentina y países limítrofes, libros que todos los argentinos deberían leer, para aprender a conocerse, y de los cuales existen traducciones al alcance común. Del relato de Haigh extractamos algunos pasajes que se refieren a las gentes superiores, medias e inferiores de Buenos Aires.

LAS DAMAS

EMPEZAREMOS a describir las gentes de Buenos Aires por las damas.

La mayor parte de las mujeres son muy lindas y, algunas, beldades perfectas por la exquisita línea de sus facciones; su color es generalmente pálido, tendiendo a oliva; nariz aguileña y mucha dulzura en la boca.

Los grandes ojos negros por que son célebres las beldades españolas, en ocasiones disparan unas descargas de expresión que no se encuentran a menudo en climas más septentrionales. Sus figuras son buenas en extremo y saben cómo hacerlas resaltar prestando gran atracción a la gracia del porte.

Invariablemente danzan y caminan bien, y con tan aparente soltura, que no se ve el mínimo dejo de afectación; ciertamente, tienen mucho menos que el admitido por varias de mis paisanas que han escrito sobre el punto; pero nadie que haga observado la gracia y soltura con que se conduce la dama porteña, dudaría un momento en expresar su admiración.

No debo omitir mencionar también el gusto desplegado en el arreglo de los lustrosos rizos de sus cabellos color ala de cuervo, que nunca se desfiguran con gorra o bonete; los únicos adornos son una peineta y, a veces, una flor, y los oscuros rizos apiñados se dejan ondeando sobre el cuello hasta los hombros.

Una beldad española saca gran ventaja del vestido de misa, de seda negra perfectamente ajustado al cuerpo; mantilla blanca o negra puesta graciosamente en la cabeza, que a veces contrasta con un chal de seda de color vivo sobre los hombros; los zapatos y medias son de seda blanca, porque las damas españolas nunca usan medias negras o azules y se enorgullecen mucho de sus pies, lo que no es de admirar, pues generalmente muestran pie pequeño y bien torneado tobillo.



LOS CABALLEROS

YA descriptas las damas, conviene hablar de los jóvenes de clase superior.

Los caballeros de Buenos Aires se visten tan bien como los de igual clase en Londres o París, y sus maneras son sin afectación ni afeminamiento.

Todos los jóvenes son buenos jinetes y se enorgullecen de poseer un caballo de cría andaluza. Son valientes, liberales y desinteresados, pero algo orgullosos y arrogantes; las condiciones últimas, si no excusables, se comprenden fácilmente, pues ninguna república sudamericana ha contribuido más que la suya a la destrucción del poder español en el Nuevo Mundo.

Han adquirido entre sus vecinos el epíteto de "pintor" o botarate, y quizás no son queridos, pero generalmente son superiores en talento e ilustración a los habitantes de cualquiera de las otras repúblicas, a lo que puede atribuirse esta animosidad.

LA SOCIEDAD SUPERIOR

LA sociedad de Buenos Aires es, en general, agradable; después de ser presentado en forma a una familia, se considera completamente dentro de la etiqueta visitar a la hora que uno crea más conveniente, siendo siempre bien recibido; la noche u hora de tertulia son, sin embargo, las más acostumbradas.

Estas tertulias son muy deliciosas y están desprovistas de toda ceremonia, lo que constituye parte de su encanto. A la noche la familia se congrega en la sala llena de visitantes, especialmente, si es casa de tono. Las diversiones consisten en la conversación, valsar, contradanza, música (piano y guitarra), y algunas veces, canto. Al entrar se saluda a la dueña de casa, y ésta es la única ceremonia; puede uno retirarse sin formalidad alguna; y de esta manera, si se desea, se asiste a media docena de tertulias en la misma noche.

Los modos y conversación de las damas son muy fáciles y agradables y, como es costumbre que sean muy cumplidos con los extranjeros, se ha incurrido, frecuentemente, en error con respecto a esta libertad. Sin embargo, todos los que conozcan la índole social admitirán, que, si se permitiese en Inglaterra visitar sin restricciones, las maneras serían tan libres y "degagées"; y por causa de lamentables mal entendidos de extranjeros que han sido bondadosamente admitidos en éstas tertulias, la mejor sociedad, tanto en Buenos Aires como en Chile, se precave más en recibir visitantes, y la recepción de extraños es más formal y reservada.

Los vestidos de recepción de las damas son de muchísimo buen gusto, y creo que las modas francesas son preferibles. En los bailes y reuniones públicas se adornan con los artículos más finos que Inglaterra, Francia o el "Oriente fastuoso" produzcan.

PUEBLO Y POPULACHO

LA población de Buenos Aires se estima en cien mil habitantes, incluyendo blancos, negros mestizos e indios. Los blancos puros no son numerosos, y la masa popular es de casta tan mezclada de blanco, indio y negro, que sería difícil fijar su origen; los gauchos o campesinos descienden originariamente de padre blanco y madre india.

El populacho de Buenos Aires es muy sucio, menos cuando se endominga. Los hombres se visten con paño y pana y las mujeres con bayetas y telas de algodón. Se me decía que antes se adornaban el cabello con oro y plata, pero estos metales preciosos, en el tiempo a que me refiero, estaban muy escasamente distribuídos entre ellos.

Ambos sexos son especiales los días de fiesta en festonearse y trenzarse el cabello, y se puede ver con frecuencia a los de la clase baja sentados en la puerta, con la cabeza del vecino sobre las faldas de otro, cuyos dedos se emplean con diligencia en disminuir la población de tan tupidas marañas.

El ... po...

Por el D...

RELIGION y ciencia parecen estar de acuerdo en que un día ha de llegar el fin del mundo. Sólo divergen en cuanto al plazo del acontecimiento y a sus causas. Dejemos de lado las hipótesis religiosas, para examinar las científicas.

ESCISION SOLAR. — Se cree que puede ocurrirle al sol lo que a otras estrellas fijas: que su constante rotación lo divida. No gira bastante rápidamente el sol como para justificar el temor de que se escinda; pero, aunque últimamente se ha sugerido la idea de que el giro solar podía ser en su interior mucho más rápido de lo que nosotros vemos en su exterior, la verdad es que ni está probado ese giro interno ni, por otra parte, el sol ha dado hasta ahora, indicio alguno de una veleidad como sería la de dividirse, acercarse a la Tierra y achicharrarnos.

ESTALLIDO DEL SOL. — Otra suposición basada meramente en la analogía: así como a algunas estrellas semejantes les ha ocurrido reventar, podía reventar el sol. No cabe duda. Pero nadie sabe porqué han reventado esas estrellas y porqué tendría que reventar el sol.

ENFRIAMIENTO. — Más razonada se presenta la hipótesis de un enfriamiento solar que dejase a la Tierra helada. Pero c... observar lo siguiente: desde que tenemos n... ticia de la existencia del mundo en las condiciones actuales (desde un poco más acá de los primeros glaciares, va para mil millones de años) no sabemos que el sol haya sufrido enfriamiento importante. Es presumible, pues, que si ha de enfriarse no lo haga antes de otros muchos millones de años (un millón de millones, por lo menos, asegura la física moderna).

COMETAS, CHOQUES, DESVIACIONES. — Hay en el cielo cometas o asteroides errabundos que podrían acercarse a la tierra y desprender sobre ella fragmentos bastante voluminosos, como para ocultarnos en gran parte. La verdad es que, desde hace varios cientos de millones de años, sólo ha caído en la tierra algún fragmento cósmico, de unas cuantas millas de superficie, como el fomoso meteoro sepultado en el desierto de Arizona. ¿Y si un cuerpo de gran masa, pasando cerca de nuestro planeta, lo arrastrase fuera de su órbita? Sería desagradable, sin duda; pero la regularidad de las órbitas de todos los planetas que giran alrededor del sol, demuestra que sus trayectos no han sido perturbados desde hace muchísimo tiempo y permite creer que no serán en mucho más.

UN PELIGRO MAYOR. — En fin, todo puede ocurrir; pero por accidente, como puede morir cualquiera de nosotros en un choque de automóviles. Lógicamente, la ciencia encuentra una causa de desastre más próxima, y es el destrozo y derrumbe de la luna sobre la Tierra. Ha expuesto esta causa el gran físico inglés J. B. S. Haldane en un admirable trabajo que voy a resumir. Lord Haldane, con la ciencia que el mundo culto le reconoce, y con el clásico idealismo inglés, hace una exposición en forma de relato hipotético de un futuro de cuarenta millones de años, imaginándose a sí mismo, después de ese plazo, en el planeta Venus, cuando ya ha ocurrido el fin del mundo. Mantendré la forma de la exposición, que añade amenidad a la ciencia.

ORIGEN DE LA LUNA. — De todos los planetas engendrados por el sol, la Tierra era el que giraba más de prisa. Constaban entonces los años de 1800 días, y cada día sólo duraba la quinta parte del día de 24 horas que tuvo el hombre. Antes de que la Tierra se solidificase, se dividió bajo el influjo de las mareas levantadas por el sol. La porción más pequeña se separó un poco y pasó a ser la luna.

LA LUNA SE ALEJA. — Al principio, la luna se hallaba muy cerca de la Tierra. El mes era entonces poco más largo que el día, porque la luna daba en seguida la vuelta completa al planeta del que se había separado. El influjo...

"HACIA el año 5.000.000, la... canzado el equilibrio; e... .... mente adaptada a su am... individual se aproximaba a los tres ... individuos eran felices, es decir, vi... principio de tener sus instintos com...

El Fin del Mundo Ocurrirá por el Derrumbe de la Luna

Por el Doctor MULLER

Ilustró ZORAZABAL

¿SE quebrará el Sol? ¿Se enfriará? ¿Chocará la tierra con algún asteroide errabundo? Puede ser, pero parece más posible, antes de todo eso, el derrumbe de la luna y, con ello, la sepultura de nuestra civilización.

de la luna empezó a levantar en la Tierra grandes mareas, lo que hizo que la Tierra fuese perdiendo velocidad, pues las mareas actúan como un freno sobre la rotación terrestre. Pero al frenar la Tierra, la luna se vió empujada por la Tierra misma, como el caballo empuja con su boca al freno que lo retiene a él; y al verse empujada, la luna aumentó su velocidad, con lo que fué elevándose gradualmente, alejándose de la Tierra y ampliando su órbita. El mes y el día se alargaron.

AL COMENZAR LA VIDA HUMANA. — Transcurrieron cien mil millones de años, durante los cuales la luna se apartó muy poco más de la Tierra. Hacía su giro en veintinueve días: eran los días del mes. Las mareas ejercían sobre la Tierra una acción frenante de veinte mil millones de caballos de fuerza. Este freno se manifestaba principalmente en la fricción del mar de Bering, entre América y Asia Septentrional, y hacía que cada siglo, medido en días, fuese un segundo más corto que el anterior. Entonces apareció la vida humana.

LA FUERZA DE LAS MAREAS. — Al cabo de muchos miles de años, los hombres descubrieron las máquinas térmicas, o sea, máquinas movidas por efectos del calor. Para obtener el calor necesario empezaron a oxidar (o, como ellos decían, a quemar), los vegetales fósiles hallados bajo la superficie terrestre, que ellos llamaban carbón. Pero los agotaron pronto, y acudieron a otros manantiales de energía.

También estos otros recursos se les acabaron. ¿Qué hacer? La fuerza del agua dulce era escasa; la de los vientos, intermitente, y la del calor solar únicamente utilizable en los trópicos. Los hombres tuvieron la ocurrencia de utilizar la fuerza enorme de las mareas.

FEDERACION MUNDIAL. — Pronto las máquinas térmicas fueron convertidas en máquinas de marea, para aprovechar mejor la nueva fuente de energía. Con eso, el uso de las mareas aumentó: antes de cumplir la raza humana un millón de años de existencia, empleaba un billón de caballos de fuerza de las mareas provocadas por la luna. A su vez, la acción frenante de las mareas aumentó cincuenta veces; decreció la velocidad de la Tierra; el día se alargó mucho. El mundo se había federado totalmente, acabando así con las nacionalidades hostiles entre sí. Se inventó el alimento sintético, que reducía a casi nada el trabajo de crianza. La población alcanzó a doce mil millones.

A el año 5000.000, la raza había alzado el equilibrio; estaba perfectamente adaptada a su ambiente, la vida aproximaba a los tres mil años y los felices, es decir, vivían sobre el ner sus instintos complacidos".

SERES FELICES. — Hacia el año 5.000.000 la raza humana había alcanzado el perfecto equilibrio: estaba absolutamente adaptada a su ambiente, tenía todos sus instintos satisfechos, la vida individual se aproximaba a los tres mil años. Eran seres felices. Podían emplear cincuenta billones de caballos de fuerza de las mareas. Calentaron artificialmente grandes regiones de su planeta. Los continentes recibieron nueva configuración. Como el hombre alcanzó la felicidad, eliminó de sí toda causa de variación. Era mejor mantenerse en la dicha obtenida que perseguir otra ignorada. Se cultivaban las relaciones personales, el arte, la música, las ciencias puras, sin preocupación por ningún resultado positivo.

HAY QUE EMIGRAR. — Podían haber transcurrido en esas condiciones cincuenta mil millones de años; pero los hombres, que sólo habían contado, como máximo, con una duración de un millón de años, despilfarraron las energías de las mareas. En el año 8.000.000, la duración del día era doble; la distancia de la luna había aumentado en un 20 por ciento, y el mes era tres veces más largo que aquel de veintinueve días que el hombre midió por primera vez. Se comprobó que la rotación de la Tierra iba a disminuir rápidamente, y unos cuantos hombres se adelantaron a su tiempo y empezaron a sugerir la colonización de otros planetas.

PRIMEROS VIAJES A OTROS PLANETAS. — Las primeras expediciones fueron verdaderos fracasos. Los proyectiles enviados desde la Tierra fueron, en su mayoría, destruídos por el rozamiento del aire o por los meteoritos en el espacio entre las estrellas, y los que llegaron intactos a la luna resultaron, por lo general, destrozados por la violencia del impacto. Dos expediciones que desembarcaron allí con provisión abundante de oxígeno trazaron un mapa de la cara del satélite invisible desde la Tierra, y trasmitieron los resultados de su labor; mas como su regreso era imposible, todos los miembros de la expedición murieron en la luna.

VEHICULOS DE EXPEDICION. — Los proyectiles usados en los primitivos lanzamientos consistían en cilindros de metal de unos diez metros de longitud. Eran proyectados por tubos verticales de metal de varios kilómetros de largo, los cuales tenían la parte inferior hundida en el terreno y la superior al descubierto. Con el objeto de reducir la resistencia atmosférica, situábanse esos tubos en las altas montañas, a fin de que, cuando el proyectil emergiese, tuviera que atravesar un menor espesor de aire. El aire del mismo tubo era extraído, y, para dar salida al proyectil, se apartaba automáticamente la tapa superior del cañón. Dicho proyectil salía desparando en virtud de una serie de suaves explosiones que servían para darle una velocidad inicial de cinco a diez kilómetros por segundo, sin ocasionar un choque demasiado violento. Cuando dejaba la atmósfera, continuaba avanzando con arreglo al principio del cohete, siendo expelido hacia adelante por la explosión de cargas depositadas en su fondo.



AL LLEGAR A DESTINO. — Las secciones de la cola que iban vaciándose por las explosiones, se desplazaban también hacia atrás si se necesitaba, y se les podía dar la vuelta desde dentro o por desviación de las descargas de fondo. Al penetrar en el campo de gravedad del otro planeta, su caída podía ser retardada por descargas en sentido inverso, y, para amortiguar la última parte de la caída, se emplearon varios tipos de resistencia y se expelían unas varillas descendentes de metal muy elástico que aminoraban la sacudida del encuentro. No obstante, el choque solía ser fatal. Como se sabe, ahora empleamos distintos sistemas. (No se olvide que estamos hablando como si nos encontráramos dentro de cuarenta millones de años y en otro lugar que la Tierra). En particular, al salir de la atmósfera, unas alas, constituídas por láminas elásticas, de extensión algo mayor de un kilómetro cuadrado, se despliegan para colectar la presión de la radiación solar.

EXPEDICIONES A MARTE. — El anhelo de felicidad individual y la circunstancia de que la dicha se alcanzaba lo mismo en la Tierra, hicieron impopular la participación de esas expediciones. Los voluntarios, que en realidad cometían un suicidio, eran casi todas personas cuya consorte había muerto prematuramente, o cuya psicología, por algún motivo anormal, les incapacitaba por completo para la felicidad. Una expedición llegó a Marte, con buen éxito, el año 9.723.841, pero informó que la colonización resultaba impracticable. Las especies dominantes no ven las radiaciones luminosas que nosotros llamamos luz, y probablemente desconocen la existencia de los otros planetas, pero demostraron poseer sentidos diferentes de los nuestros, y fueron capaces de aniquilar aquel desembarco y otro que llegó después.

ENSAYO EN VENUS. — Medio millón de años más tarde tuvo lugar en Venus el primer arribo venturoso, pero los miembros de la expedición perecieron al cabo, víctimas del intenso calor y de la escasez de oxígeno en la atmósfera.

La vida en la tierra. — En el año 17.846.151, las máquinas de marea habían cumplido su misión. El día y el mes tenían igual duración, o sea, la de cuarenta y ocho días antiguos, y la tierra daba siempre la misma cara a la luna, que entonces se mostraba permanentemente sobre los restos del continente americano. Las largas noches eran enormemente frías y durante ellas se extinguía la vegetación. En el curso del día, la temperatura se elevaba en tal grado, que solamente se toleraba gracias al uso de aparatos refrigerantes en las casas. La mayoría de las plantas, que eran casi todas de adorno, árboles y flores, lograron adaptarse a las nuevas condiciones; las más pequeñas completaban su existencia en un solo día y sobrevivían sólo como semillas en el curso de la noche. Por otra parte, habían fenecido todos los mamíferos salvajes, las aves y los reptiles. La raza humana disminuyó algo en número, pero aún subsistía una demanda enorme de fuerza para fines de calefacción y enfriamiento. Las mareas levantadas por el sol, aunque sólo ocurrían quince veces al año, se utilizaban para ese objeto y así fué cómo pudo alargarse el día más adelante.

Vuelve a acercarse la luna. — La luna volvió a moverse en relación con la tierra, pero en dirección contraria, saliendo por el Oeste y poniéndose por el Este. Muy lentamente al principio y, luego, con velocidad creciente, comenzó a acercarse otra vez a la tierra y mostrarse de mayor tamaño. Por el año 25 millones había vuelto a la distancia en que se hallaba cuando el hombre apareció. Entonces se comprendió que el fin de la luna y, posiblemente, el de la tierra, era cuestión, a lo sumo, de unos cuantos millones de años.

En busca de otro suelo.— La gran mayoría contemplaba la muerte de la humanidad con menor inquietud que la de su respectiva raza; pero una minoría opinó de modo contrario y entonces comenzó las expediciones a Venus. Después de doscientos ochenta y cuatro fracasos consecutivos, se logró realizar un desembarque y los viajeros, poco antes de morir, pudieron proporcionar a los terrestres los primeros informes, verdaderamente preciosos, acerca de las condiciones de este planeta. Debido a la opacidad de la atmósfera de Venus, las señales luminosas de los primitivos exploradores habían sido difíciles de recoger en la tierra; pero ahora se empleó la radiación infrarroja, que atraviesa las nubes.

PREPARANDOSE PARA LA COLONIZACION VENUSIANA. — Podía la humanidad establecerse en Venus si se habituaba a soportar el calor y la falta de oxígeno propios de este planeta, y esto no era asequible sin una evolución deliberada iniciada en la Tierra para tal finalidad. Se conocían suficientemente las causas de la evolución para poder intentar la experiencia. Cada generación seleccionó el material humano. Los que carecían de voluntad se resignaron a no tomar parte en la empresa, y entre los ascendientes de aquellos que estaban destinados a la conquista de Venus, se desarrollaron una tradición y una propensión psicológica hereditaria que habían desaparecido de la Tierra hacía veinticinco millones de años.

RENACEN LOS PRECURSORES, LOS DESDICHADOS. — Renacieron los tipos psicológicos que fueron comunes entre los santos y los soldados de la historia primitiva. Frente a un ideal tan elevado como el de la religión, pero más racional; ante una misión tan concreta e infinitamente más grande que la del patriota, el hombre volvió a ser capaz de trascender de sí mismo. Los miembros de la humanidad que iban evolucionando dejaron de ser felices y perdieron la armonía con el ambiente. Entre ellos surgieron la enfermedad y el crimen, porque la enfermedad no es otra cosa que la inadaptación de la función corporal al medio, y porque el crimen no pasa de ser un desfallecimiento de la buena conducta. Ahora bien, la enfermedad y el crimen, así como el heroísmo y el martirio son el precio que debemos pagar por la evolución. Paga el individuo y la ganancia es para la raza.

LOS APTOS PARA LA CONQUISTA. — En el curso de diez mil años, la evolución había formado una raza capaz de vivir con una décima parte de la presión de oxígeno existente en la Tierra, y cuyo cuerpo tenía una temperatura superior en seis grados a la normal de antes.

La elevación de esta temperatura humana, por estar relacionada con profundas modificaciones químicas y estructurales del cuerpo humano, sólo se logró gracias a un proceso más lento.

Venus habitable. — Fueron despachados a Venus proyectiles de mucho mayor tamaño. De 1.734, sólo once desembarcaron felizmente. Las tripulaciones de los dos primeros perecieron y de los nueve restantes descendemos nosotros. (Recuérdese que lord Haldame habla como si fuera habitante de Venus, producida ya la catástrofe terrestre). Los organismos encontrados en Venus estaban construídos de moléculas, que en su mayoría eran imágenes especulares de las existentes en los cuerpos terrestres. Algunos de ellos proporcionaron combustible, pero, salvo como fuentes de sebo, resultaban inútiles para la alimentación y no pocos constituían una seria amenaza. El tercer proyectil que arribó, condujo bacterias sintetizadas de la tierra, para atacar la glucosa y otros componentes de los organismos hallados en Venus. Con su ayuda, quedó destruída la vida anterior de Venus, el cual pasó a ser morada adecuada para el hombre y las cincuenta especies terrestres que éste trajo consigo.

Evolución del hombre en Venus. — No voy a referir aquí la historia de Venus. Después del nuevo esfuerzo de los primitivos colonizadores, nos establecimos en él como partes de un superorganismo. La evolución del individuo quedó sometida en absoluto al control social y, además de un enorme desarrollo de las potencias intelectuales, poseemos dos sentidos nuevos. Uno de ellos nos capacita para percibir la radiación de ondas de ciento y de mil doscientos metros y así permanece el individuo, en todos los momentos de la vida, tanto en el sueño como en la vigilia, bajo el influjo de la voz de la comunidad. El otro nuevo sentido, innecesario en la tierra, es imprescindible en Venus, dada la capacidad de nuestra atmósfera; es el sentido magnético. También recobramos el sentido del dolor, que había desaparecido en la tierra y que es preciso para la conservación del organismo en condiciones adversas. Tan rápida fué nuestra evolución, que los tripulantes del último proyectil ya no eran aptos para convivir con los llegados anteriormente y se emplearon con fines experimentales.

"ENTRE ellos resurgieron la enfermedad y el crimen, porque la enfermedad no tiene otra causa que la inadaptación de la función corporal al medio, y porque el crimen no pasa de ser un desfallecimiento de la buena conducta".

LA LUNA AMENAZA A LA TIERRA. — En tanto, durante los últimos millones de años, la luna fué aproximándose más rápidamente a la tierra, por lo que se adivinaba que la catástrofe final no podía demorarse. Según las señales que nos llegaron de la tierra, el uso de la marea sufrió grandes interrupciones y fué substituído por el uso del viento y de otros en la rotura y en el derrumbe de la luna. Este astro estaba cinco veces más cerca de la tierra que al principio de la historia humana; aparentaba ser veinticinco veces mayor que el sol y elevaba el nivel del mar unos quinientos pies cuatro veces al año. El efecto de la atracción producida en ella por la tierra comenzó a notarse. Observáronse gigantescos hundimientos de montañas lunares y, en ocasiones, advertíanse hondas grietas en su superficie. Los terremotos menudearon también en la tierra. Las máquinas de marea fueron suprimidas medio millón de años antes del fin del mundo; pero, por aquel tiempo, el poder frenante de las mareas era tan grande, que la detención de la tierra y la caída de la luna hacia ella prosiguieron con visible rapidez.

LA LUNA SE DESINTEGRA. — Por último, la luna empezó a desintegrarse. Cuando los primeros fragmentos de roca se apartaron por completo de su superficie, la luna estaba sólo a nueve mil kilómetros de la tierra y no se veía desde los polos, mientras que en las regiones tropicales parecía cubrir la quinta parte de los cielos visibles. La porción más próxima a la Tierra, ya fraccionada, comenzó a deshacerse en forma de meteoritos de diámetro superior a media milla, que giraban alrededor de la Tierra en órbitas independientes. Durante mil años continuó gradualmente este proceso, y al cabo cesó de interesar en la Tierra.

UN TORRENTE DE LAVA LUNAR. — El fin sobrevino de repente. Fué observado desde Venus, pero sus fases primeras también se nos señalaron desde el planeta destruído. La depresión de la superficie lunar frontera a la Tierra, se abrió bruscamente y emitió un torrente de lava al rojo blanco, porque el interior del satélite estaba caliente, debido a la radioactividad. Al pasar la luna, elevábase en tal grado la temperatura en los trópicos, que los ríos y los lagos se secaban y la vegetación quedaba arrasada.

LA GRAN CATASTROFE. — Se formaron densas nubes que prestaron alguna defensa a la Tierra, pero tanto aumentó en magnitud el mar inflamado de la luna, que despidió inmensos filamentos que entraron en el campo de la gravitación terrestre. A los tres días el satélite estalló, formando un anillo de lava y polvo incandescente. El último mensaje recibido de la Tierra manifestaba que la raza humana entera se había guarecido en el subsuelo, excepto en el continente antártico, donde el casquete helado se hallaba ya fundido y reinaba una temperatura de 85 C. Un día, después de quebrarse la luna, cayó el primer gran trozo de ella en la Tierra. Las partículas desprendidas de la luna atomizada, entrechocaban continuamente, y muchas, por consecuencia, descendían. Apenas pudimos ver nada entre las nubes de vapor y humo volcánico que envolvían la Tierra, pero más tarde averiguamos que las regiones tropicales de ésta yacían enterradas en muchos kilómetros de extensión bajo los fragmentos lunales, y que el resto, aunque quedaban vestigios de los anteriores continentes, habíase sumergido en el hirviente océano y en las efusiones volcánicas causadas por el bombardeo. No se consideró posible que subsistiese allí ningún vestigio de vida humana.

ESPERANZA DE REPOBLACION. — Casi toda la materia lunar se conglomeró en un anillo alrededor de la Tierra, como los de Saturno, que también son consecuencia de la destrucción de un satélite mucho más denso. No se halla aún en equilibrio, y créese que seguirán cayendo fragmentos en la Tierra durante unos veinticinco mil años. Transcurrido ese período, la Tierra, que ahora posee un cinturón de enormes montañas en sus regiones tropicales, separadas de los polos por dos anillos de mar, recobrará su aptitud para la recolonización. Ya se han hecho preparativos con miras a ese acontecimiento, consistentes en disponer los elementos útiles en los cinco primeros kilómetros exteriores a nuestro planeta Venus. Además hay el proyecto, para cuando volvamos a ocupar la Tierra, de levantar en ambos planetas montañas artificiales que se eleven sobre las atmósferas y nos permitan la continua radiocomunicación y la supresión de las señales luminosas que ahora usamos entre los dos astros.

UN SIMPLE EPISODIO. — En la Tierra habían intentado una vez la colonización de Júpiter, lo que no se logró debido a que la temperatura en ese planeta es de 130o, a que la gravedad es tres veces más intensa que la de Venus y doble que la terrestre, ya que la atmósfera contiene apreciables cantidades de thoron, un gas radioactivo. Pero la preparación de la especie para esas condiciones, como se preparó la especie humana para la colonización venusina, es posible. Algún día se ocupará Júpiter, y entonces intentaremos la ocupación de otros planetas. Por otra parte, allá dentro de ciento treinta millones de años, nuestro sistema solar entrará en una región del espacio en la que las estrellas son más densas que en nuestra actual vecindad. Es posible que haya entre esas estrellas, planetas aptos para la colonización. Dominando nosotros la materia de todos ellos, nos será fácil trasladarnos de uno en otro y poblarlos. Además, es posible que bajo las condiciones de vida en otros planetas, el cerebro humano cambie de manera que se abra a posibilidades inconcebibles para el nuestro. Nuestra vía láctea tiene, por lo menos, una vida probable de ocho billones de años, y abrigamos el ideal de que antes de transcurrido ese plazo, toda la materia de que consta, aprovechable para la vida, esté en poder de los herederos de las especies terrestres. Si ese ideal se realiza, siquiera aproximadamente, el fin del mundo que hemos presenciado será un episodio de escasísima importancia. Y todavía hay otros sistemas estelares.

HAN transcurrido cuarenta millones de años; la mayor parte de la tierra está sepultada por la luna derrumbada sobre ella; pero los humanos refugiados en el planeta Venus, no desesperan de poder volver, después de unos veinticinco mil años, a poblar la tierra, en condiciones de colonización. De cualquier manera, ya están tentando la conquista de otros planetas, y si la tierra no vuelve a ser apta para la vida, no se habrá perdido más que un trocito del innumerable universo.







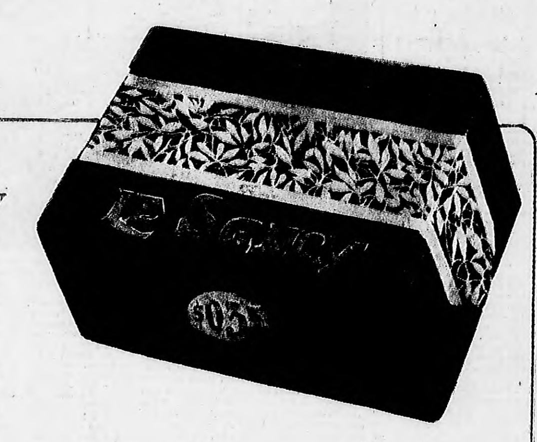
El jabón de tocador para todos los bolsillos.

Perfumado con el "Muguet de Dubarry

Pasta de primera calidad y que por su reducido precio es el jabón para usarse sin limitación alguna.



Perfumería Dubarry



DUC

El más fino de los jabones finos

Lo usan las personas de gusto refinado por su fino perfume y porque tiene la fórmula al "Benjuí de Dubarry", que rejuvenece el cutis

Muy indicado para el cutis delicado de los bebés.

0.50

La pastilla de 115 gramos

L. S. 5

Est. Rivadavia transmite los días Lunes, Miércoles y Viernes de 21.30 hasta 22.30 hs. la "Hora Selecta de Dubarry"

LE SANCY

El más barato de los jabones finos

Es el único jabón perfumado con el Bouquet de Lavanda de Dubarry que

"Huele a Limpio"

Usándolo diariamente otorga al cutis un tono "Blanco Mate" distinguido

0.35

La pastilla de 115 gramos